

# PAPÉL

**CULTURISTA** • Entrevista con Frank Miller, genio del cómic: "A veces pienso que desperdicié mi vida". **Pág. 2**

**VIAJES** • Cinco paseos para exprimir la 'Gran Manzana' en el año de su 400 aniversario. **Pág. 21**

**YO DONA** • 'Casa Dominguín', un libro de recetas con el alma y la esencia de la saga. **Pág. 26**

*Amparo Ferrero y Miguel Juan descubrieron que tenían altas capacidades pasados los 40 años.*

**LOS MÁS LISTOS DE LA CLASE...**

Aunque parezca una ventaja, ser superdotado es fuente de frustraciones y enfermedades mentales. Su diagnóstico tardío agrava aún más la situación

*Por Sara Polo y Pedro Simón. Fotografía de David González*

**...A LOS 40**

# EL RENACER TARDÍO (Y DURO) DE LOS ADULTOS SUPER- DOTADOS

**Psicología.** Tener una inteligencia superior parece una gran ventaja, pero a menudo sólo acarrea soledad, fracaso y frustración. Eso sí, el sufrimiento se atenúa cuando ponen nombre a su diferencia, aunque sea ya de adultos. "Por fin podía ser yo misma y no fingir"

Por Sara Polo. Fotografía de David González (Araba Press)





# H

an pasado 35 años pero recuerda vívidamente aquella salita. Ella, sentada ante una mesa imponente para una adolescente aún demasiado niña. Su madre y la psicóloga en la entrada, susurrando lo suficientemente alto como para que le llegaran retazos de la conversación. «Su hija es muy inteligente, y ya está», cuenta que escuchó, y se enfadó muchísimo: «Esta mujer nos está engañando. ¡Pero qué mentirosa es! ¿Cómo puede decir eso? ¿A santo de qué?».

No sabía entonces que esa inteligencia suya era especial y muy superior a la media. Que su cerebro funcionaba mucho más deprisa que el del resto y su mente discurría por caminos ignotos para el común de los mortales. Que los demás no sentían esas emociones tan bestias que la abrumaban a ella, esa empatía que le hacía tantísimo daño. Tampoco tenía ni idea entonces de que había, que hay, otros muchos como ella, que perciben algo distinto en su interior pero no son capaces de entender el qué.

A Amparo Ferrero le identificaron altas capacidades en 2022. Tenía 47 años.

Y descubrirlo le cambió la vida.

Estadísticamente, los superdotados (con un cociente intelectual superior a 130) suponen el 2% de la población, y las personas con altas capacidades (con un cociente intelectual superior a 120), el 10%. Sin embargo, según los últimos datos del Ministerio de Educación, en los colegios e institutos sólo hay un 0,62% de alumnos identificados como tal. Y eso ahora que los test están mucho más generalizados.

Muchos pasarán por la vida sin saber poner nombre a su diferencia. Otros, como Amparo, resolverán su propio misterio ya de mayores.

«Tendemos a creer que los superdotados son conscientes de ser más inteligentes, pero muchos sólo perciben una dificultad para integrarse en la sociedad y hacer amigos que les hace sentirse profundamente fracasados. La mayoría de mis pacientes llegan a la consulta movidos por un sentimiento de soledad e incompreensión, no con dudas sobre sus talentos», relata la psicoanalista francesa Monique de Kermaec, una eminencia en el ámbito de las altas capacidades que presenta en España su *best seller El adulto superdotado* (Península). Cuenta la autora que cuando su libro salió a la venta en Francia, en 2016, los empleados de la Fnac le describían oleadas de clientes vestidos de oficina que se acercaban a la hora de comer a ojear sus páginas pero nunca llegaban a la caja. «Ahora mis pacientes se atreven a preguntar: '¿Será eso lo que me pasa?'. Antes ni siquiera osaban pronunciar la palabra superdotado», asegura.

En el caso de Amparo, todo empezó muy pronto, en segundo de EGB. Había sido la primera de la clase el curso anterior, cuando tenía una amiga. Sólo una, pero muy cercana. Eran inseparables. Y sin embargo, las separaron. Y la solitaria niña Amparo se abonó a un fracaso escolar que la acompañó hasta el instituto y la llevó a ver a aquella psicóloga que determinó que era muy lista para sorpresa de todos, sobre todo, de ella misma. «Nadie se paró a pensar qué había pasado ahí, pero ahora entiendo que a nivel emocional yo no estaba en el entorno adecuado. Me veía muy sola. Soy una persona extrovertida y sociable pero nunca me sentí integra-



## 08 | EN PORTADA

da. No encajaba con lo que les gustaba a las otras chicas, me sentía muy diferente. Terminé adaptándome para pasar desapercibida, construí una personalidad acorde a lo que se esperaba de mí. Pero no era yo. Y eso pesa y te va minando la autoestima», rememora.

Las malas notas tampoco ayudaron, los profesores la castigaban, primero de cara a la pared con los brazos extendidos; más tarde, pasando unas horas a la semana en el curso inferior para humillarla. Terminaron renunciando a ella. La única respuesta que obtenía su familia era: «Amparo puede hacer más de lo que hace». Y supone que así era, efectivamente, porque en tercero de BUP suspendió Filosofía pero dos años después le explicó la materia a su hermana y ella sacó un sobresaliente. «El conocimiento lo tenía, pero llegaba tan absolutamente derrotada al examen que no era capaz de exteriorizarlo. Para mí, estudiar era horrible».

La cosa mejoró cuando llegó al mundo laboral, tras una licenciatura en Gestión Comercial y Marketing que se sacó a trancas y barrancas. Ya trabajando, se metió en un máster, un programa de desarrollo para directivos en comercio exterior, y quedó presidenta de su promoción: «Imagínate, el 80% eran hombres y yo fui la primera. Hubo incluso dos compañeros a los que tuvieron que parar los pies porque me trataban fatal, despreciaban sistemáticamente todo lo que yo decía», cuenta. «Ahora veo que se sentían amenazados por la inteligencia de una mujer, pero entonces yo todos mis éxitos los achacaba a la fortuna. Nada sucedía porque yo fuera inteligente, sólo porque había tenido suerte».

En lo personal, Amparo siguió vistiendo aquella máscara, no fuera alguien a descubrir que era rara. Se ha divorciado dos veces y conserva muy pocos amigos de los de antes de la evaluación: ahora sabe que no eligió ella sino su máscara. Ni siquiera sigue trabajando en lo mismo, se ha reinventado como *coach*, terapeuta del método SHEC y mentora de mujeres con altas capacidades y Personas Altamente Sensibles (PAS). «Para mí ha sido un renacimiento: ahora soy la persona que quiero ser», afirma.

**«HE PERDIDO MI VIDA».** De los miles de pacientes que han pasado por su diván, a la psicóloga Monique de Kermadec se le ha quedado especialmente grabado lo que le dijo uno, un hombre de 50 años que, aparentemente, había triunfado en la vida. Era director ejecutivo de una gran empresa, ganaba muchísimo dinero, le habían dado innumerables premios, pero cuando De Kermadec le confirmó que tenía altas capacidades sólo le salió un lamento: «He perdido mi vida. He hecho siempre lo que se esperaba de mí y me estoy dando cuenta de que ni siquiera me conozco, nunca me he permitido ser yo mismo».

«El peor reto al que se enfrenta el adulto superdotado es quitarse la máscara social y descubrir su

## «Antes de saber lo que me pasaba me sentía muy sola. Me adapté a lo que debía ser una buena niña», reconoce Amparo Ferrero

verdadero yo. Muchos tienen la impresión de haber perdido un tiempo precioso», dice la psicóloga, y recuerda a aquella abogada que abandonó su puesto en una consultora para montar un pequeño negocio de pasteles porque lo que le gustaba era la repostería. Terminó vendiendo a restaurantes de primer nivel, por cierto.

Personas con altas capacidades hay de todo tipo y condición, y no todas conviven con la frustración. Miguel Juan puso nombre a ese don suyo hace 20 años, cuando tenía 40. Para él ser diferente nunca fue un problema. Al revés, la vida le ha ido bien con menos esfuerzo. El presidente español de Mensa —«la asociación de personas de alto cociente intelectual más antigua y extensa del mundo» según su página web—, habla rápido y pasa de un tema a otro

para después volver al anterior. Ahora reflexiona sobre cómo la sociedad se ha vuelto un poco blandida, ahora se marca una clase magistral de 10 minutos sobre cómo funciona la IA generativa y concluye: «En este momento, ninguna inteligencia artificial es inteligente, ni siquiera un poquito».

Es complicado seguirle el hilo pero logramos devolverle a su infancia, al pie de la mesa camilla de una casa modesta, siempre con un libro entre manos. «Me levantaba, iba donde mi madre y le preguntaba: '¿y esta, qué letra es?'. 'Pues la M'. Y volvía a sentarme e iba encajando piezas», rememora. Miguel tenía dos años cuando aprendió a leer y esa habilidad abrió un mundo infinito de posibilidades a su curiosidad insaciable. «En casa no había libros porque mi familia era muy humilde, pero la vecina del otro lado de la calle tenía una pequeña biblioteca y me dejaba ir a leer allí. Recuerdo que empecé por los libros de Julio Verne y que me gustaron muchísimo», cuenta. Cuando el pequeño Miguel descubrió la biblioteca pública se sintió como el Charlie de Roald Dahl en la fábrica de chocolate. «¿Ostras, ¿pero en serio te dejaban llevarte libros de allí? Yo flipaba». Todavía se le ilumina la cara.

En tercero de primaria, un profesor le hizo la gracia de ponerle los exámenes del curso siguiente.

## «Durante mucho tiempo la vida fue para mí un juego en el que resolver problemas para mantenerme entretenido», dice Miguel Juan

Los sacó con nota y le adelantaron un curso. Nadie evaluó nada, todo parecía evidente. «En el colegio yo siempre conocía la respuesta a todas las preguntas, era el empollón y ni siquiera necesitaba estudiar. Sabía que se me daba mejor que a los demás pero eso nunca me supuso un problema de integración, la verdad, imagino que me ayudó mi carácter», explica. Ese curso que le adelantaron se lo cobró más tarde el sistema, aún poco flexible para atender casos como el suyo. «Cuando llegué al instituto me dijeron que era demasiado pequeño para estar allí, y tuve que repetir».

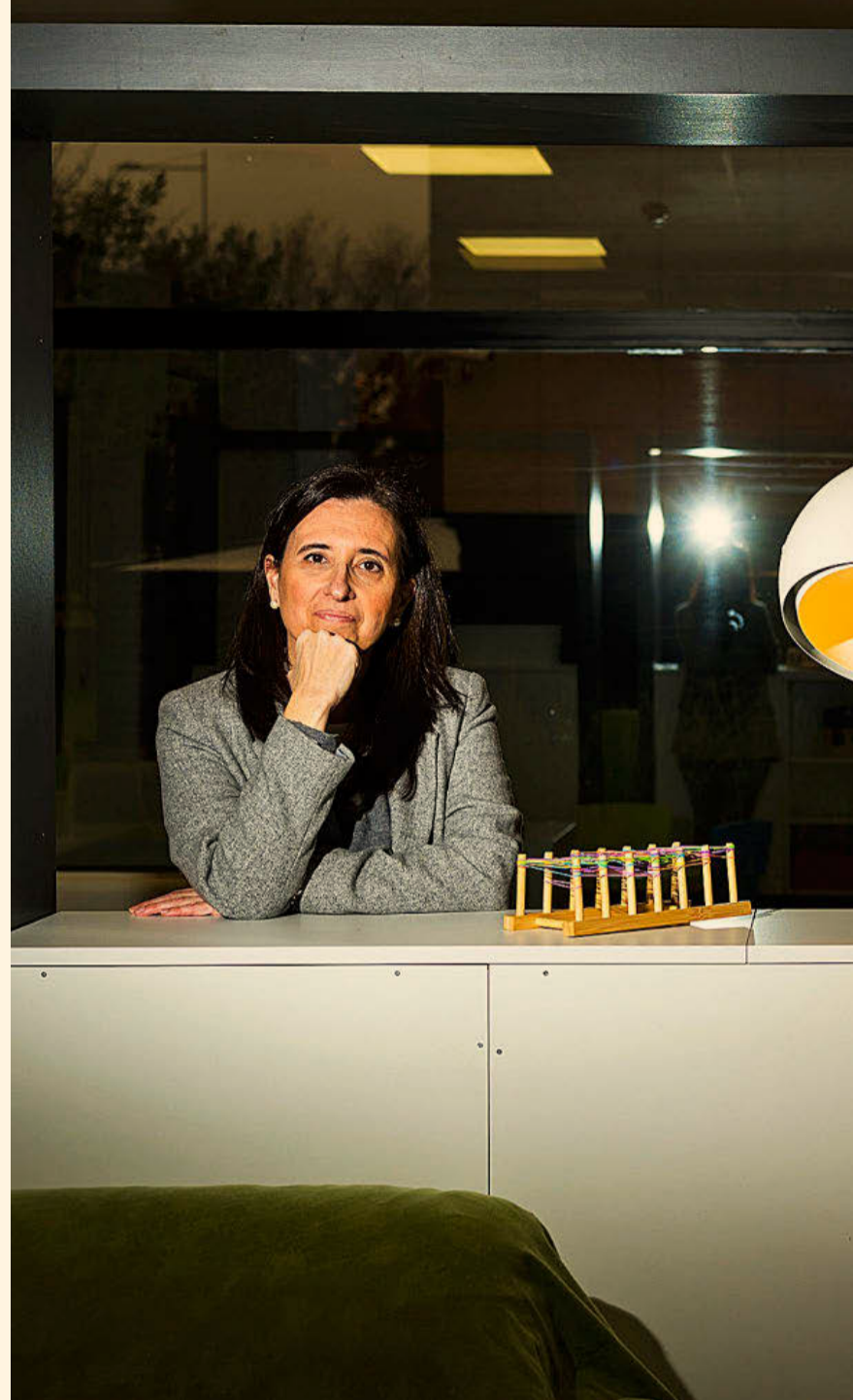
Al crecer, Miguel Juan fue convirtiendo su existencia en una especie de *escape room*: «Durante mucho tiempo pensé que la vida era un juego en el que había que resolver problemas para mantenerte entretenido», dice. Al llegar el momento de elegir carrera, dudaba entre física, matemáticas o ingeniería. Le dijeron que la ingeniería era lo más difícil. Pues estudió ingeniería. Al llegar el momento de elegir especialidad, directamente preguntó cuál era la más complicada. Electricidad. Pues a por ella.

Y en esa carrera de obstáculos de la que siempre salía ganador se encontraba, ya enfilando la cuarentena, cuando dio por casualidad con un *test* en internet: «Descubra si es más inteligente que la

media contestando 20 preguntas en 20 minutos». Lo pasó con creces. Un psicólogo especializado de Mensa lo citó en su casa para una entrevista personal y el resto es historia. «Al hacerme mayor dejé de pensar que mi objetivo era resolver cosas y me centré en

una perspectiva un poco más ética», reconoce. Por eso hoy preside una asociación que actúa de refugio para quienes son como él pero lo han llevado peor.

Para entender por qué tantas personas con altas capacidades llegan a la edad adulta sin poner nombre a su peculiaridad tenemos que volver a Amparo. Su evaluación fue, en realidad, un suceso colateral e inesperado. Ella había viajado de Valencia a Zaragoza junto a una amiga en busca de respuestas para su hija de 12 años que sufría *bullying* en el colegio. Le habían diagnosticado de todo: trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), trastorno de la personalidad social... Y cuando ya supo que no era nada de eso, que su hija tenía algo llamado altas capacidades, su amiga se giró y le ordenó: «Y ahora te evalúas tú». Y Amparo



◀◀  
**CIFRAS.**  
En España, alrededor de 980.000 personas presentan altas capacidades.

contestó: «¿Pero estás loca? ¡Si yo soy idiota!». Pero lo hizo.

«Después de un rato de entrevista, el psicólogo me dijo: 'muy mal tienen que ir las siguientes pruebas para que no seas superdotada', y me eché a llorar. Joder, por fin podía poner en su sitio toda mi vida».

«Se tiene un poco mitificado el asunto, se ha hecho mucha incidencia en los niños y niñas, lo cual es maravilloso, pero los adultos se han quedado fuera», confirma Bárbara Díez, psicóloga supervisora nacional en Mensa España, y lanza un dato para la reflexión: estadísticamente, en España 980.000 personas presentan altas capacidades, identificadas o no; su asociación tiene sólo 3.000 afiliados, y sólo el 30% son mujeres. «Ellas son expertas en enmascarar su propia habilidad para evitar el típico: ya está la lista.

Y no es siempre consciente, muchas veces acomodan su vida a esa situación sin darse cuenta y se sienten un fraude. El ser humano es gregario y el miedo al rechazo guía muchas de nuestras decisiones».

«Los hombres pueden ser intensos, pueden destacar. Ellos no andan con dudas a la hora de hacerse la evaluación, van y la pasan. Pero nosotras estamos mucho tiempo rumiando ese síndrome de la impostora: si yo no he conseguido nada, si soy tonta», dice Amparo Ferrero. Lo ve a diario en su consulta, como lo ve también Monique de Kermadec, que en 2019 dedicó un libro a la mujer superdotada que no se ha traducido al español. «Se enfrentan a un doble reto: encontrar su lugar como superdotadas y acomodar su diferencia a cómo considera la sociedad que debe ser una mujer. La mujer es sumisa, cuidadora, no busca el triunfo, ya sabes». Insiste la psicoanalista francesa en la importancia de identificar las altas capacidades para reconciliarse con uno mismo. «Mi paciente más veterana tenía 82 años, y simplemente quería que alguien escuchara y reconociera su periplo vital. Nunca es tarde para conocerse mejor».



## JAIME, 15 AÑOS: “TODOS LOS DÍAS ME LEVANTO TRISTE PORQUE TENGO QUE IR AL COLEGIO”

**La alta capacidad en menores.** Son poco más de 51.000, según cifras del Ministerio. El 90% de los casos no se identifica, el 67% sufre acoso y el 70% tiende a ocultar su talento

Por **Pedro Simón**. Fotografía de **Ángel Navarrete**

**E**mpezó a hablar antes de los dos años. Leía frases complejas a los tres. A los cinco no quería juguetes: comenzaba a fabricárselos. A los siete, tenía su escritorio lleno de dispositivos como si fuera un *hacker*. A los ocho, destripaba un *walkie talkie* para construir una batería para el móvil. Y desde entonces hasta hoy, la adolescencia esquinada de Jaime, el niño raro por divergente, el cerebro encriptado de un modo diferente.

Se llama Jaime y se apellida mente extraordinaria. Cuenta con 15 años, estudia 3º de ESO y ya ha descubierto algo: que peor que el acoso escolar de otros niños ha sido la incompreensión de algunos profesores.

Lo bueno es que tiene una inteligencia prodigiosa para la tecnología. Lo malo es que tiene una inteli-

gencia prodigiosa para la tecnología.

Es lo que tiene estar catalogado con alta capacidad en nuestro país. Que un celíaco, pongamos, dispone de un menú escolar adecuado para su estómago, pero una persona con alta capacidad es obligada a tragar el mismo menú académico que los demás. Uno que les puede provocar baja autoestima, soledad, cierto *apartheid*, la enfermedad.

Lo cuenta mejor que nadie el pedagogo Javier Tourón en el documental *Out of the box* (Fuera de la caja) que acaba de estrenar Movistar+ sobre la alta capacidad: «Cuando una persona está acostumbrada todos los días a calzar un zapato que le aprieta el pie, al final decide ir descalzo... Y eso le causa un daño, pisar piedras y cristales».

Miradas como piedras. Risas como cristales. Y el daño que se hizo Jaime de la cabeza a los pies con una depresión en la infancia.

«Puedo estar pensando en tres cosas distintas. Todos los días me levanto triste porque tengo que ir al colegio. Intento no contar lo que hago en mi tiempo libre porque a los demás les parece raro y al final me cuesta socializar. Digo que me interesa el fútbol, pero no me interesa».

Unos se muestran disruptivos y desmotivados. Otros son brillantes en público o prefieren serlo nada más que privado. «Si tenemos en cuenta que en el 90% de los casos no se identifica, que el 67% sufre *bullying* y que el 70% tiende a ocultar su talento», enumera Yolanda López, experta en las altas capacidades, «hablamos de unos

números que no deberían dejarnos dormir».

Sigamos con Jaime, que nos habla con una solvencia impropia para un chico de su edad, que prefiere conversar con su amigo Gonzalo de aeronáutica y de ordenadores, que muchas veces (en el colegio) sabe por qué no funciona una cosa o la otra en clave informática, pero que prefiere callar para no significarse.

«Hay un sistema educativo de pizarrón, carpeta y prueba. ¿Por qué tiene que ser así?», pregunta algo sombrío y con tan solo 15 años. «Una vez leí una frase no sé dónde. 'Si los demás se pueden reír de mí porque soy raro, yo me podría reír de los demás porque son todos iguales'. He pensado mucho en eso».

Esta es la historia de uno más entre los 51.396 menores con altas capacidades que dicen las cifras oficiales que existen en España (el 0,62% de la población escolar, según el Ministerio de Educación).

La suya comienza al poco de nacer. Carmen, su madre, arquitecta de profesión, cuenta que, ya desde muy niño, el hijo «iba por delante del resto»; que «llamaba la atención la forma de ser y de jugar»; que aquello, que podría haber sido una ventaja, fue justo lo contrario; que en «Primaria empezó a portarse mal», que «no aceptaba las normas», que «ante cualquier cosa que le mandaras, siempre te pedía una justificación»; que, en 2º curso, un profesor les llamó y les dijo lo que había: algo muy bueno o muy malo.

«Nos contó que hacía los ejercicios de Matemáticas sin mirar, saltándose todos los pasos... Que tenía altas capacidades... Y así fue como empezó la gran aventura de nuestra familia, la gran aventura de Jaime».

El resultado de la evaluación se lo dieron en la Unidad de Altas Capacidades de Sanitas, cuya cofundadora era una madre precisamente con esa condición cerebral y con cuatro hijos que lo mismo. Se llama Jana Martínez-Piqueras, hoy es la presidenta de la Fundación Indifferent Minds y una de las mayores especialistas en la materia.

«La alta capacidad es una neurodivergencia» en la que el niño destaca por arriba. «Se caracterizan por su sed de saber, por su alto cociente intelectual, por su elevado sentido de la justicia... Creces sabiéndote diferente, pero nadie te explica por qué y lo que intentas es adaptarte», señala. «Por ahí van viniendo los cuadros de estrés, la depresión infantil, la ansiedad, las autolesiones...». Y añade: «Si ya es mala la adolescencia normotípica, la de estos chicos puede llegar a ser de morirse. El sistema que tendría que cuidarlos les hace enfermar. Pensar que no necesitan ayuda y que tienen suerte solo tiene que ver con el prejuicio y el desconocimiento».

## “Si ya es mala la adolescencia normal, la de estos chicos puede ser para morirse”, dice la experta Jana Martínez-Piqueras

**SILVIA PAÑOS.**  
«Sientes culpa, como si hubieses hecho algo mal, es francamente duro».

Así le ocurre a Jaime, que ha braceado prácticamente solo en las aguas glaciales del sistema educativo durante estos años. Está suspendiendo todas en 3º de ESO, pero nadie sabe tanto de tecnología como él en su colegio, nadie sabe tanto de programación, nadie sabe tanto de las tripas de la máquina y acaso del hombre.

En la fundación a la que acude, ha arreglado ordenadores que no funcionaban, ha ayudado a montar la red informática, ha disfrutado como un cochino en una charca. En su centro educativo, ha alertado de grietas de seguridad a la institución, ha resuelto lo que nadie, ha dado solución a problemas digitales complejos.

Aquí, en Indifferent Minds, los chavales pueden complementar sus estudios con lo que les apasiona. Hay una sala para los que sueñan con Beethoven y otra para los que sueñan con Steve Jobs y otra para los que sueñan con Hawking y otra para los demás etcétera.

«Porque –palabra de Jana– si la genialidad no se cuida, se extingue» (o se va al extranjero).

¿Ejemplos? Cita el caso de una chica-bala que cursa 3º de ESO con 12 años, que sabe tres idiomas y «que ya ha terminado la carrera de piano», pero a la que no le reconocen su excepcionalidad. Te cuenta el caso de un joven-proyectil que tuvo dos aceleraciones educativas (saltar de curso) porque iba sobrado: de 4º de Primaria pasó a 6º y de 2º de ESO promocionó a 4º. «Así que, a los 16 años, ha entrado a hacer directamente 2º de Matemáticas y Físicas en Edimburgo».

Desde que en 2006 se reconoció a los estudiantes con alta capacidad como objeto de protección dentro del alumnado con Necesidades Específicas de Apoyo Educativo (NEAE), se supone que han de existir una detección precoz, una atención inmediata, unos profesionales formados, una información fluida a las familias... Pero la norma no es esa. Sino la excepción.

Silvia Paños es madre de J. –una chica que tiene 16 años– y de R. –un chaval de 13–. Ambos con alta capacidad. Su hija caminaba a los nueve meses y a los 12 corría. A la edad en que los demás balbuceaban, ella manejaba un vocabulario increíble. Aquel día, se quedaron de piedra en la guardería: «¿Has enseñado a leer a tu hija?». «No, no». «Es que tu hija lee...».

Hasta ahí las buenas noticias.

«Al principio, nos dijeron que era hiperactiva y nos recetaron medicación. No se la di porque me pareció excesivo, y menos mal», relata Silvia. «A los cuatro años nos dijeron que era alta capacidad... Salía llorando del colegio y se me quejaba: '¡Me dijiste que aquí iba a leer... y nos pasamos todas las tardes con la letra í!'».

Fueron viniendo entonces el mal comportamiento, las malas notas, el dolor de cabeza, las excusas para no acudir al colegio, los antidepresivos y las autolesiones. «Sabes que la estás mandando a un sitio donde le hacen daño, pero el sistema te obliga a que vaya sí o sí».

Ahora es su otro hijo –el pequeño– quien ha empezado a arrancarse las uñas mientras duerme.

–Hemos hablado de cómo se sienten los hijos. ¿Cómo se siente esta madre?

–Sientes culpa. Como si hubieses hecho algo mal. Pienso que, si no lo cogemos a tiempo, el hijo se nos romperá igual... Es francamente duro. Tú les entregas a un niño sano y el sistema educativo te devuelve a un niño con antidepresivos.